

viene de la página anterior

COLABORACIÓN CON LA ESCUELA

Los padres son los primeros maestros que educan a sus hijos. Se trata de un deber y de un derecho «esencial, primario, insustituible e inalienable».

Esta responsabilidad, por lo tanto, no puede ser delegada a otras instituciones que, lejos de suplantar la misión educativa de los padres, se deben poner a su servicio. Los padres no pueden dejar la tarea educativa en manos del Estado o de los distintos centros educativos. En este sentido, hay que insistir en la participación activa de los padres en el proyecto educativo del colegio y en las diferentes asociaciones de padres de alumnos

Por otro lado, el respeto al protagonismo que los padres deben tener en la educación de los hijos reclama que el Estado les facilite la elección de los centros educativos y que no vulnere el derecho primario que tienen los padres para determinar el tipo de formación moral que deseen para sus hijos. «El Estado no puede imponer legítimamente ninguna formación de la conciencia moral de los alumnos al margen de la libre elección de sus padres».

CONCLUSIÓN

En estas fechas navideñas (...), ponemos la mirada y el corazón en María y José, a quienes el Padre encomendó la misión de ser los primeros maestros de la educación humana del Verbo encarnado. Queremos alentar a los padres, que, a ejemplo del hogar de Nazaret, están construyendo sus familias como Iglesias domésticas. En medio de las dificultades, los sacrificios y los obstáculos, cuentan con la gracia que recibieron en el sacramento del Matrimonio para educar a sus hijos en la fe y en el amor. ¡No tengáis miedo! (...).

(Nota de los Obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida)



Belén, Parroquia Buen Pastor -Ab-

Felicitación del Obispo

Ante la imposibilidad de felicitaros a cada uno de los fieles cristianos y a cada familia de la Diócesis personalmente, lo hago por medio de esta carta. Recibid esta felicitación como un humilde eco de la Buena Nueva que los ángeles hicieron resonar en la serranía de Belén hace veinte siglos: "Os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo Señor".

El resplandor de la primera Noche Buena, que sigue iluminando el corazón de los hombres, nos invita a postrarnos ante el pesebre en silencio, como María. El Dios inefable se nos ha dado históricamente hecho niño, ofrecido en la impotencia y fragilidad de un recién nacido. Y, sin embargo, "en Él estaba la Vida y la Vida es la luz verdadera que alumbra a todo hombre... A los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios" (Jn. I, 4-13).

Es el mismo misterio que, actualizado cada año sacramentalmente por la fuerza del Espíritu Santo, somos invitados a acoger en la liturgia de la Iglesia. El misterio que proclama que somos hijos de Dios haciendo nuestro corazón vulnerable a la fraternidad universal y a reconocer el rostro del Hijo del Hombre en todos pesebres

con olor a pobreza.

Que la Navidad renueve vuestro corazón, vuestra fe y vuestro amor a la Iglesia, que no sólo ha mantenido vivo el recuerdo de Jesús, sino que nos lo sigue entregando en la Palabra, en los Sacramentos y, sobre todo, en la Eucaristía como Pan de Vida.

Nos duele profundamente que la crisis económica esté golpeando a tantas familias, ensombreciendo la alegría de la Navidad. Una forma eficaz de acoger "al que viene" es abrir los brazos a la solidaridad. Que ésta llegue como una caricia de Dios a quienes están solos, a los enfermos, a los pobres, a los que no tienen trabajo, a los inmigrantes, a los encarcelados. Que todos puedan encontrar en nuestras parroquias y en nuestra Caritas su casa, la lumbre encendida y los brazos abiertos.

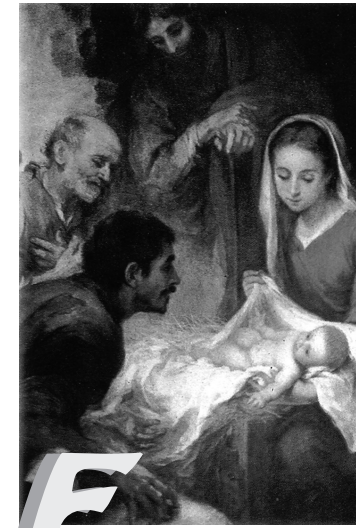
Que el niño de Belén traiga la bendición de Dios para todos y cada uno de los diocesanos, para todas y cada una de las familias, para sus proyectos y sus esperanzas, en estos días y en el próximo año.

¡FELIZ NAVIDAD!

Diócesis de Albacete

27 Diciembre 2009
Sagrada Familia

Hojá Dominical
www.diocesisalbacete.org



EN el clima entrañable y familiar de la Navidad, la Iglesia nos invita a mirar, en este domingo, a la Sagrada Familia de Nazaret. La Palabra de Dios nos da orientaciones prácticas sobre el amor y respeto a los mayores; nos recuerda virtudes preciosas y nunca pasadas de moda para una convivencia feliz: *la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión, el perdón... y, por encima de todo, resumiéndolo todo, el amor como ceñidor de la unidad consumada.*

Nazaret es hogar y escuela de de cariño mutuo y servicio recíproco. Allí creció Jesús "en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres", mientras María y José "meditaban todas estas cosas en su corazón", sin comprenderlas del todo, pero dándoles vueltas en su interior, intentado que los acontecimientos les entregaran todo su sentido. "Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencillez y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irremplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su función en el plano social"(Pablo VI).

En el Evangelio vemos una escena familiar: un adolescente que peregrina con sus padres a Jerusalén, como lo

LA FAMILIA, EL AMOR, LOS HIJOS...

hacían cada año. Un adolescente que, a primera vista, anda afirmando su autonomía hasta empezar a preocupar a sus padres: "Tu padre y yo te buscábamos angustiados". Y unos padres que, poco a poco, tendrán que ir descubriendo que Jesús, antes que hijo suyo, es Hijo de Dios y que se debe a una misión que trasciende los lazos de la carne y de la sangre: "¿No sabéis que yo tengo que estar en las cosas de mi Padre?". Es significativo para este momento en que abundan las familias monoparentales recalcar la presencia necesaria del padre y de la madre. "Tu padre y yo te buscábamos angustiados".

Es éste un día para felicitar a todos los que tienen la gracia de vivir la experiencia de una vida familiar gozosa. ¡Dichosos quienes, un día, os comprometisteis a vivir un compromiso de amor definitivo y lo seguís manteniendo contra viento y marea! El amor es simultáneamente don de Dios y tarea humana. "No es verdadero amante el que no está dispuesto a amar para siempre"-decía, hace muchos siglos, Eurípides.

El Derecho Romano ya definía a la familia como "seminarium reipublicae" - semillero de la futura sociedad-. La Declaración Universal de los Derechos Humanos proclama que la familia es el

elemento central y fundamental de la sociedad. Todas las encuestas manifiestan de manera unánime que la familia es la institución más valorada de la sociedad, incluso entre los jóvenes. Y sin embargo, parece que están en desuso dimensiones tan importantes como la fidelidad conyugal, la paternidad y la maternidad. Hasta se ponen al mismo nivel que la unión del hombre y la mujer formas de cohabitación nuevas, más o menos pasajeras, más bien menos que más. Incluso en nuestra jerga habitual la palabra "pareja", tan ambigua e imprecisa, va relegando al olvido la de "matrimonio", tan precisa y preciosa.

Seguramente tiene mucho que ver con ello la nueva cultura sexual, que disocia amor y sexualidad. Ésta puede ser muy bien un mero juego, sin tener que ser informada por el amor, la comunión y el compromiso; reducida a un puro producto de consumo y de placer. Se enseña a los jóvenes, como postulado indiscutible, y sin matices, el derecho a ser sexualmente activos, sin un reconocimiento de la dimensión interpersonal honda de la sexualidad

humana. Vale todo, hasta las relaciones más promiscuas, con tal de que sean seguras frente al embarazo o el sida. La dimensión oblativa, el lenguaje del sexo, lenguaje del cuerpo y del alma, lenguaje supremo del amor, suenan a antigualla, sin caer en la cuenta de que cuando al otro se le ama sólo por la utilidad que reporta se le rebaja a nivel de objeto, o que el fomento indiscriminado de ciertos comportamientos trivializa de tal modo la relación interpersonal que incapacita a la larga para vivir fidelidades profundas o compromisos definitivos.

Sería triste que mañana tuviéramos que arrepentirnos de algunos modos de entender y tratar el tema afectivo como aquel en el que "todo vale", hasta considerar el matrimonio estable como lo viejo, lo pasado, como prototipo y síntesis de esclavitudes, mientras que lo moderno, lo libre, lo progresista fuera cambiar de pareja una, dos, tres veces, o las que haga falta. Las consecuencias sobre los hijos en los planos afectivo, educacional, religioso, económico y social

seguramente sean, a la corta y la larga, más graves de lo que parece.

¿Qué servicio pueden prestar las familias cristianas, en cuanto tales, a nuestra sociedad?: En primer lugar, anunciar la realidad de la familia no como desgracia, sino como Buena Noticia. En segundo lugar, afirmar la belleza de un amor capaz de hacer de los esposos una sola carne, "como una fuerza moral intensa que busca el bien del otro, incluso a costa del propio sacrificio" (Juan Pablo II). En tercer lugar, que sintieran el gozo de sentirse prolongadores de la acción creadora de Dios en un mundo en que se maltrata la vida. En cuarto lugar, frente al individualismo que reduce al hombre a un puñado de deseos insaciables, que fueran escuelas del más rico humanismo, donde cada uno es querido, valorado y escuchado por sí mismo; que fueran sacramento de fraternidad universal. Que, en definitiva, lo constitutivo de la familia de Nazaret sea una realidad diariamente actualizada en cada familia cristiana.

+ **Ciriaco BENAVENTE**
Obispo de **ALBACETE**

Eclesiástico 3, 2-6 12-14

Salmo 127: Dichosos los que aman al Señor y siguen sus caminos

Carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3, 12-21

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca.

A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas; todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.»

El les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

DÍA DE LA SAGRADA FAMILIA: LOS PADRES LOS PRIMEROS TRANSMISORES DE LA FE

Constatamos con inquietud que algunos padres han hecho dejación de una misión que les compete a ellos de modo principal: ser los primeros educadores de sus hijos. Compartimos la preocupación de muchos padres que comprueban la injusta injerencia del sistema educativo al pretender imponer una determinada educación moral, suplantando así una responsabilidad que les compete a ellos. (...)



FORMAR LA LIBERTAD EN LA FAMILIA

El amor, vocación fundamental de la persona, es la verdad que orienta y da sentido a una educación humana integral que se vería extraordinariamente empobrecida si se «limitara a proporcionar nociones e informaciones dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, especialmente de la que puede servir de guía en la vida». (...)

El lugar propio y más fundamental donde la persona recibe esta educación es la familia. En el clima de confianza propio del hogar, los hijos reciben la experiencia fundamental de ser amados, y son instruidos de modo natural para aprender el significado de la verdad y del bien en sus distintas manifestaciones que les abren a una vida social.

Sin embargo, esta primera educación moral es insuficiente. El paso a una libertad madura requiere que los hijos sean capaces de elegir, en las múltiples circunstancias de su vida ordinaria, aquellos bienes concretos que posibilitan ir construyendo su vida en el amor. Se requiere, por lo tanto, una adecuada

educación en las virtudes para que los hijos adquieran los hábitos que formen su carácter e inclinen permanentemente su libertad a la verdad.

Para ello es necesario, en primer lugar, el testimonio moral de los propios padres, «que educan no tanto por lo que dicen cuanto por lo que viven». Son ellos, con la coherencia de la propia vida, los primeros testigos de la verdad y del bien.

Los padres no pueden dejar la tarea educativa en manos del Estado o de los distintos centros educativos

La educación en las virtudes que se realiza en la familia requiere el equilibrio entre libertad y disciplina: «Sin unas reglas de conducta y de vida, aplicadas día tras día incluso a las pequeñas cosas, no se forma el carácter ni queda uno preparado para afrontar las dificultades».

Por último, esta educación para adquirir una vida virtuosa reclama un acompañamiento intenso por

parte de sus padres, dedicando el tiempo necesario para ayudar a sus hijos a discernir la verdad en ámbitos como el de los medios de comunicación. (...)

En este seguimiento permanente, la cohesión y unidad de los padres, fruto de la fidelidad conyugal, constituye el medio imprescindible para la tarea educativa de la familia. La ruptura del vínculo conyugal supone un doloroso obstáculo en la educación de los niños y de los jóvenes. (...)

EDUCAR LA FE EN LA FAMILIA

Con palabras del Santo Padre, «en el origen de la crisis de la educación existe una crisis de confianza en la vida». De esta manera, dar razones de la esperanza constituye un elemento básico en la labor educativa que los padres tienen que realizar. Y, en concreto, presentar la fuente de toda esperanza, el Amor eterno de Dios que acompaña a la persona durante toda su vida y que no se rinde ante ninguna infidelidad.

La misión de los padres en este punto es insustituible, ya que ellos son los primeros transmisores de la fe y los custodios del crecimiento de la vida recibida en el bautismo. (...)

Los padres llevan a cabo esta misión iluminando los acontecimientos de la vida familiar con la fe, la oración y la celebración de los acontecimientos, y con una colaboración activa en la formación religiosa que sus hijos reciben en la parroquia o en los colegios. (...)

continúa en la siguiente página